

rostro apareció radiante de felicidad, y una lágrima de Luisa cayó á su vez sobre la mano de su marido.

— ¿Conque me amas? ¡ Bendición de Dios! ¿Conque me amas? exclamó el caballero.

— Padre mío, dijo Luisa, habéis sido ingrato, pedid perdón á vuestra hija.

San Felice se puso de rodillas y besó las manos de su hija, mientras que ésta, alzando los ojos al cielo, murmuraba :

— ¿ No es verdad, Dios mío, que si no hiciese lo que hago, sería indigna de los dos ?

CAPÍTULO XIII

Los dos almirantes

El príncipe Francisco, al dar á San Felice como resuelta la fuga de la familia real á Sicilia, había creído hablar en nombre de su padre y de su madre ; pero en realidad había hablado sólo en nombre de la reina ; por parte de ésta la fuga estaba resuelta ; pero el rey, que veía la adhesión de su pueblo, que escuchaba aquellas protestas hechas por cien mil hombres, de morir por él desde el primero hasta el último, el rey, decimos, había dado en la idea de defender su capital y de apelar de la cobardía del ejército á la energía de aquel pueblo que se ofrecía tan espontáneamente á sacrificarse por él.

Levantóse, pues, en la mañana del 41 de Diciembre, es decir, al día siguiente de aquella increíble entrada triunfal que hemos visto, sin haberse decidido aún ; pero inclinado más bien

hacia la resistencia que hacia la fuga, cuando fueron á anunciarle que el almirante Francisco Caracciolo estaba hacia ya media hora en la antecámara, aguardando á que se levantara S. M.

Excitado por la reina, Fernando miraba con desagrado al almirante, pero no podía menos de estimarle; su admirable valor en los diferentes encuentros que había tenido con los enemigos, la destreza con que había sacado su fragata la *Minerva* de la rada de Tolón, cuando Tolón fué recobrado por Bonaparte; la sangre fría que había desplegado en la protección que dió á los otros navíos, valiéronle el grado de almirante.

Hemos visto en los primeros capítulos de este relato los motivos que creía tener la reina para estar quejosa del almirante, y de qué manera había logrado con su ordinaria astucia indisponerlo con el rey.

Fernando creyó que Caracciolo quería verle para pedirle el perdón de su sobrino Nicolino, y gozoso de tener ocasión de mostrarle su resentimiento, mandó que le introdujesen.

El almirante, pues, de gran uniforme, entró sereno y digno como siempre; su elevada posición social colocaba á los jefes de su familia, después de cuatrocientos años, en contacto con los soberanos

de todas las razas, angevinos, aragoneses, castellanos, que se habían sucedido en el trono de Nápoles: reunía pues á una suprema dignidad, esa cortesanía perfecta de que había dado una muestra á la reina, en su doble negativa á asistir, ni él ni su sobrina, á las fiestas que la corte dedicaba al almirante Nelsón.

Aquella cortesanía, de cualquiera que viniese, causaba siempre cierto embarazo á Fernando, en quien la cortesanía no era la cualidad dominante; así es que cuando vió al almirante detenerse respetuosamente á algunos pasos de distancia, y aguardar según la etiqueta de la corte, á que el rey le dirigiese la palabra, apresuróse á empezar la conversación por el reproche que tenía preparado.

— ¡Ah! estáis ahí, señor almirante, le dijo; ¿parece que habéis hecho vivas instancias para verme?

— Es cierto, señor, respondió Caracciolo inclinandose; creía urgentísimo tener el honor de llegar hasta Vuestra Majestad.

— Ya sé lo que os trae, dijo el rey.

— Tanto mejor para mí, señor, dijo Caracciolo; en ese caso, es justicia que el rey hace á mi fidelidad.

— Sí, sí, venís á hablarme de ese mal vasallo, de

vuestro sobrino Nicolino, ¿no es verdad? que está metido, según parece, en un mal paso, pues se trata nada menos que de un crimen de alta traición; pero os advierto que toda súplica, aun la vuestra, será inútil, y que la justicia seguirá su curso.

Una sonrisa iluminó el austero rostro del almirante.

— Vuestra Majestad se equivoca, dijo; en medio de las grandes catástrofes políticas, las pequeñas desgracias de familia desaparecen. No sé ni quiero saber lo que ha hecho mi sobrino; si es inocente, su inocencia resultará de la causa, como ha resultado la del caballero de Médici, la del duque de Cauzano, la de Mario Pagano y tantos otros acusados que, después de haber estado tres años presos, han sido puestos en libertad; si es culpable, la justicia seguirá su curso. Nicolino es de noble sangre, y tendrá derecho á ser decapitado, y ya sabe V. M. que la espada es un arma tan noble, que aun en manos del verdugo, no deshonra á los que son heridos por ella.

— Pero entonces, dijo el rey algo sorprendido de aquella dignidad tan sencilla y tan serena; si no venís á hablarme de vuestro sobrino, ¿de qué venís á hablarme?

— Vengo á hablaros de vos, señor, y del reino.

— ¡Ah! ¡ya! dijo el rey, ¿venís á darme consejos?

— Si V. M. se digna consultarme, respondió Caracciolo haciendo un respetuoso saludo, tendré á gran dicha poner á su disposición mi humilde experiencia. En caso contrario, me contentaré con ofrecerle mi vida y la de los valientes marinos que tengo el honor de mandar.

El rey hubiera tenido un placer en hallar ocasión de enfadarse; pero ante semejante reserva y respeto tan profundo, no había pretexto para la cólera.

— ¡Hum! ¡hum! dijo solamente.

Y después de dos ó tres segundos de silencio, añadió:

— Y bien, almirante, os consultaré.

Y en efecto, volvíase ya hacia Caracciolo cuando un lacayo se acercó al rey y le dijo á media voz algunas palabras que Caracciolo no oyó ni trató de oír.

— ¡Ah! ¡ah! dijo el rey; ¿y está ahí?

— Sí, señor; dice que anteayer, en Caserta, V. M. le dijo que tenía que hablarle.

— Es verdad.

Y volviéndose entonces hacia Caracciolo, añadió:

— ¿Lo que tenéis que decirme, se puede decir delante de un testigo?

— Delante del mundo entero, señor.

— Entonces, dijo el rey al lacayo, introducidle. Por otra parte, continuó dirigiéndose á Caracciolo, el que solicita entrar es un amigo, más que un amigo, un aliado : es el ilustre almirante Nelsón.

— En aquel momento, abrióse la puerta y el lacayo anunció solemnemente :

— Lord Horacio Nelsón, barón del Nilo y de Barnham-Thorpes, duque de Bronte.

Una sonrisa que no estaba exenta de amargura, asomó á los labios de Caracciolo al oír la enumeración de tantos títulos.

Nelsón entró, sin saber quién estaba en compañía del rey, y su mirada se fijó naturalmente en el que lo había precedido y en quien conoció al almirante Caracciolo.

— Creo, señores, que no necesito presentaros recíprocamente, porque os conocéis ya.

— En efecto, señor, desde Tolón, dijo Nelsón.

— Yo tengo el honor de conoceros desde mucho tiempo antes, respondió Caracciolo con su acostumbrada cortesana; os conozco desde que en las costas del Canadá combatisteis con un bergantín contra cuatro fragatas francesas, de las que pudisteis escapar pasando vuestro buque por un sitio que hasta entonces se creía impracticable. Si mal

no recuerdo, esto ocurrió en 1786, hace ya doce años.

Nelsón se inclinó, como persona que no está familiarizada con las alabanzas.

— Milord, he aquí al almirante Caracciolo, que viene á ofrecerme sus consejos sobre el estado de los asuntos públicos; vos le conocéis; sentaos, y escuchad lo que va á decirnos : cuando concluya, responderéis, si tenéis algo que objetar. Sólo os advertiré que me alegraría infinito que fuesen del mismo parecer dos hombres tan sobresalientes en el arte de la guerra.

— Si milord, como estoy seguro, dijo Caracciolo, es verdadero amigo del reino, espero que no habrá en nuestros pareceres más que ligeras diferencias en los pormenores; en el fondo estaremos de acuerdo.

— Habla, Caracciolo, habla, dijo el rey volviendo á la costumbre que tienen los reyes de España y de Nápoles de tutear á sus vasallos.

— Ayer, continuó el almirante, esparcióse el rumor por la ciudad, sin fundamento sin duda, de que, desconfiando V. M. de poder defender su reino de tierra firme, estaba resuelto á retirarse á Sicilia.

— Y según parece, tú no piensas de la misma manera.

— Señor, respondió Caracciolo, soy y seré siempre de la opinión del honor contra los consejos de la deshonra. El honor del reino y el vuestro están, señor, en que la capital se defienda hasta el último extremo.

— ¿Sabes, dijo el rey, el estado de las cosas?

— Sí, señor; es malo; pero aun no está todo perdido. El ejército está disperso; pero no destruido. Deducidos tres ó cuatro mil muertos, seis ú ocho mil prisioneros, de cincuenta y dos mil hombres, os quedarán cuarenta mil: cuatro para cada francés; y combatiendo en su territorio, defendiendo desfiladeros inexpugnables y viéndose sostenidos por veinte ciudades y sesenta aldeas, y con el socorro de tres ciudadelas inexpugnables para un ejército que no tiene artillería de sitio, como son Gaeta, Pescara y Civitella del Trento, sin contar Capua, último baluarte de Nápoles, donde los franceses no entrarán nunca, es probable que vuestro ejército podrá resistir.

— ¿Y te encargarás de reunir los dispersos?

— Sí, señor.

— Explicame cómo, que me darás gusto en ello.

— Tengo á mis órdenes cuatro mil marinos veteranos; y no soldados improvisados como los del ejército. Dadme la orden, señor, y al instante

me pondré al frente de ellos. Mil defenderán el paso de Itri á Sessa, mil el de Sora á San Germano, mil el de Castel-di-Sangro á Isernia, y los otros mil... Los marinos son buenos para todo, y milord Nelsón lo sabe mejor que nadie; los otros mil, repito, convertidos en ingenieros y en artilleros, fortificarán los tres pasos y servirán los cañones. Con ellos, aunque no tuviésemos más que picas de abordaje, sostendremos el choque de los franceses, por terrible que sea, y cuando vean vuestros soldados cómo saben morir los marinos, se nos unirán, sobre todo, señor, si V. M. les da el ejemplo.

— ¿Y quién defenderá á Nápoles durante este tiempo? preguntó el rey.

— El príncipe real, señor, y los ocho mil hombres, á las órdenes del general Naselli, que milord Nelsón condujo á Toscana, donde nada tienen que hacer. Milord Nelsón dejó parte de su escuadra en Liorna; que envíe un buque velero con orden de conducir á Nápoles estos ocho mil hombres, que podrán estar aquí antes de ocho días. Ya veis, señor, qué terrible masa os queda; cuarenta y cinco ó cincuenta mil soldados, la población de treinta ciudades y cincuenta aldeas, que va á sublevarse, y Nápoles con sus quinientas mil almas. ¿Qué será de diez mil franceses perdidos en este océano?

— ¡Hum! exclamó el rey mirando á Nelsón, que no desplegaba los labios.

— Siempre habrá tiempo para embarcaros, señor, continuó Caracciolo. Los franceses no tienen ni una barca armada, y vos tenéis tres escuadras en el puerto; la vuestra, la portuguesa y la de Su Majestad británica.

— ¿Qué decís de la proposición del almirante, milord?

— Digo, señor, respondió Nelsón, que no hay nada peor en el mundo que mudar de resolución.

— ¿Había el rey tomado alguna? preguntó Caracciolo.

— No; pero vacilo sobre la que debo tomar.

— La reina ha decidido partir, respondió Nelsón.

— ¿La reina? dijo Caracciolo, muy bien; que parta; en tales circunstancias, las mujeres deben alejarse del peligro; pero los hombres deben arrostrarlo.

— Milord Nelsón es de opinión que yo también parta, dijo el rey.

— Mi opinión, señor, es la misma que la de la reina. Yo veré con gusto á V. M. buscar en Sicilia un refugio seguro que Nápoles no puede ofrecerle.

— Perdonad, señor; pero aun no he oído dar su parecer á milord Nelsón.

— Dadlo, milord, dijo el rey.

— Os suplico, milord Nelsón, que no deis vuestro parecer con ligereza, dijo Caracciolo dirigiéndose á su colega.

— Yo lo he dado, y no me retractaré, respondió Nelsón.

— Señor, respondió Caracciolo, no olvidéis que milord Nelsón es inglés.

— ¿Qué queréis decir con eso, caballero? preguntó Nelsón con altivez.

— Que si fueseis napolitano en lugar de inglés, hablaríais de otra manera.

— ¿Y por qué había de hablar de otra manera si fuese napolitano?

— Presentando mayor el peligro, pediríais mayor recompensa. Ya sabemos que Inglaterra quiere Malta, milord.

— Inglaterra la tiene; el rey se la ha cedido.

— ¡Ah! señor, dijo Caracciolo, en tono de reconvección; me lo habían dicho y no quería creerlo.

— ¿Y qué diablos querías tú que yo hiciera de Malta? Un islote que no es bueno más que para asar huevos al sol.

— Señor, dijo Caracciolo dirigiéndose al rey; os suplico en nombre de todos los buenos napolitanos, que no escuchéis los consejos de extranjeros, que

ponen vuestro trono á dos dedos del abismo. Monsieur Actón, sir Hamiltón y el mismo lord Nelsón son extranjeros. ¿Cómo queréis que aprecien en todo su valor el honor napolitano?

— Es verdad, señor, replicó Nelsón; pero todos son justos en apreciar la cobardía napolitana; y por esto digo al rey, después de lo ocurrido en Cívita-Castellana: Señor, no podéis tener confianza en hombres que os han abandonado, sea por cobardía ó por traición.

Caracciolo palideció espantosamente, y llevó, á pesar suyo, la mano á la guarnición de la espada; pero recordando que Nelsón no tenía más que una mano para desenvainar la suya, y que esta mano era la izquierda, se contentó con decir:

— Todo pueblo tiene sus horas de abatimiento, señor. Esos franceses, ante los cuales hufmos, han tenido tres veces su Cívita-Castellana: Poitiers, Crecy, Azincourt; una sola victoria ha bastado para borrar tres derrotas: Fontenoy.

Caracciolo pronunció estas palabras mirando á Nelsón, que se mordió los labios hasta hacerse sangre; luego, dirigiéndose de nuevo al rey, continuó:

— Señor, el deber de un rey que ama á su pueblo es ofrecerle la ocasión de levantarse de esos abati-

mientos; dé V. M. una orden, diga una palabra, haga una señal, y ni un francés saldrá de los Abruzzos si tienen la imprudencia de entrar.

— Mi querido Caracciolo, dijo el rey acercándose al almirante, cuyo consejo acariciaba su secreto deseo; eres del parecer de un hombre cuya opinión aprecio mucho; eres del parecer del cardenal Ruffo.

— No faltaba más á V. M. que poner al cardenal á la cabeza de sus ejércitos, dijo Nelsón con una sonrisa de desprecio.

— Pues no salió tan mal á mi abuelo Luis XIII ó Luis XIV, no me acuerdo bien cuál de los dos, el poner un cardenal á la cabeza de sus ejércitos, y hay un tal Richelieu, que al tomar la Rochela y forzar el paso de Suze no ha causado ningún perjuicio á la monarquía.

— Pues bien, señor, exclamó vivamente Caracciolo, asiéndose á esta esperanza que le daba el rey, el buen genio de Nápoles os inspira; abandonaos al cardenal Ruffo, seguid sus consejos, y yo, ¿qué os diré más? yo seguiré sus órdenes.

— Señor, dijo Nelsón, saludando al rey, espero que Vuestra Majestad no olvidará que si los almirantes italianos obedecen las órdenes de un sacerdote, un almirante inglés no obedece más que las órdenes de su gobierno.

Y dirigiendo á Caracciolo una mirada en que podía leerse la amenaza de un odio eterno, Nelsón salió por la misma puerta que le había dado entrada y que comunicaba con los aposentos de la reina.

El rey siguió á Nelsón con los ojos; y cuando la puerta se hubo cerrado tras él, dijo:

— Y bien, he ahí el agradecimiento de mis veinte mil ducados de renta, de mi ducado de Bronte, de mi espada de Felipe V y de mi gran cruz de San Fernando. Es breve, pero claro.

Y luego, dirigiéndose á Caracciolo, díjole:

— Tienes mucha razón, mi pobre Francisco, todo el mal está en los extranjeros. Monsieur Actón, sir William, Mr. Mack, lord Nelsón, la misma reina, irlandeses, alemanes, ingleses, austriacos por todos lados; napolitanos en ninguna parte. ¡Y ese badulaque de Nelsón! De todos modos, tú le has hecho rabiar de lo lindo. Si alguna vez tenemos guerra con Inglaterra y él te coge entre sus uñas, ya estás fresco...

— Señor, dijo Caracciolo riendo, tengo á gran dicha haber arrostrado las iras del vencedor de Abukir, con tal de haber merecido vuestra aprobación.

— ¿Has visto la mueca que ha hecho cuando le refregaste por los hocicos?... ¿Cómo le has dicho?... Fontenoy, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— ¿Conque les sacudieron bien en Fontenoy á los señores ingleses?

— Bastante bien.

— ¡Cuando pienso que, si San Nicandro no hubiese hecho de mí un asno, podría yo también hablar de esas cosas! En fin, desgraciadamente ya no tiene remedio.

— Señor, dijo Caracciolo, ¿me permitiréis insistir aún?

— Es inútil, puesto que soy de tu parecer. Veré á Ruffo hoy y volveremos á hablar de todo eso juntos; pero dime, ahora que estamos los dos solos, ¿por qué diablo te has enemistado con la reina? Ya sabes, sin embargo, que cuando ella detesta, detesta bien.

Caracciolo hizo un movimiento de cabeza como indicando que no tenía ninguna respuesta que dar á aquella reconvención del rey.

— Por último, dijo Fernando, esto es como el negocio de San Nicandro: lo hecho, hecho está, y no hay que hablar más de ello.

— Así, pues, insistió Caracciolo volviendo siempre á su incesante preocupación, me voy con la esperanza de que V. M. ha renunciado á aquella vergonzosa fuga y que Nápoles será defendido hasta el último extremo.

— Mejor que con la esperanza, vete con la certidumbre; hoy hay consejo y voy á manifestarle que mi voluntad es permanecer en Nápoles. Recuerdo cuanto me has dicho de nuestros medios de defensa; ve tranquilo; en cuanto á Nelsón, es con Fontenoy con lo que hay que darle en rostro para que se muerda los labios, ¿ no es verdad? Está bien, se tendrá presente.

— Señor, un favor, el último.

— Di.

— Si contra toda probabilidad, V. M. partiese...

— Cuando te digo que no parto...

— En fin, señor, si por una casualidad cualquiera, si por un cambio inesperado, V. M. partiese, espero que no hará á la marina napolitana la ofensa de partir en un buque inglés.

— ¡ Oh! en cuanto á eso, puedes estar tranquilo. Si me viese reducido á esa extremidad; diablo! yo no respondo de la reina; la reina haría lo que mejo le pareciese; pero yo, te doy mi palabra de honor de que me embarcaré en tu buque, en la *Minerva*. Conque ya estás advertido; muda de cocinero, si el que tienes es malo, y haz provisión de macarrones, si es que no tienes bastantes á bordo. Hasta la vista. ¿ Conque Fontenoy, no es verdad?

— Sí, señor.

Y Caracciolo, satisfecho del resultado de su entrevista con el rey, se retiró, contando con la doble promesa que le había hecho.

El rey le siguió con los ojos.

— ¡ Y cuando pienso, dijo al cabo de un instante, que soy bastante bestia para indisponerme con hombres como éste por una arpía como la reina y por una bribona como lady Hamilton!

CAPÍTULO XIV

Donde se explica la diferencia que hay en los pueblos libres y los pueblos independientes

El rey cumplió la promesa que había hecho á Caracciolo ; declaró resueltamente en el consejo, que, después de la manifestación popular que había tenido lugar la víspera, estaba dispuesto á permanecer en Nápoles y á defender hasta el último extremo la entrada del reino á los franceses.

Ante declaración tan claramente formulada, no había oposición posible ; la oposición no hubiera podido partir más que de la reina, y ésta, tranquilizada por la promesa positiva de Actón, de que hallaría un medio de obligar al rey á partir para Sicilia, había renunciado á una lucha abierta, en la cual no hubiera hecho más que aumentar la obstinación de Fernando.

Al salir del consejo, el rey halló en su aposento

al cardenal Ruffo, quien, con su exactitud ordinaria, había hecho cuanto conviniera con el rey : Ferrari había ido á buscarle, y media hora después había partido para Viena, por el camino de Manfredonia, portador de la carta falsificada que debía entregar al emperador.

Una nota explicativa, escrita por Ruffo en nombre del rey y firmada por éste, acompañaba la carta y daba la clave del enigma que, sin ella, no hubiera comprendido el emperador.

El rey había referido al cardenal lo pasado entre él, Caracciolo y Nelsón ; Ruffo había aprobado la conducta del rey é insistido en tener una conferencia con Caracciolo en presencia del rey. Convínose en que se aguardaría hasta saber el efecto que había producido en los Abruzzos el manifiesto de Pronjo, y que, según lo que resultara, se tomaría un partido.

Aquel mismo día recibió el rey la visita del joven corso de Cesare, á quien, según recordará el lector, había hecho capitán y le había mandado irle á ver con el uniforme de aquel grado, para cerciorarse de que sus órdenes se habían cumplido.

El joven capitán, alegre y orgulloso, venía á ofrecer sus servicios y los de sus compañeros al rey, sólo que habiéndose comprometido los siete jóvenes

á acompañar á las princesas hasta Manfredonia, lugar de su embarque, tendrían que ausentarse de Nápoles por algunos días.

Las noticias que se aguardaban de Pronio no tardaron en llegar; sobrepujaban á cuanto había podido esperarse. La palabra del rey había resonado como la voz de Dios: los nobles, los sacerdotes, los alcaldes se habían hecho el eco de esta palabra; el grito de « ¡ Á las armas ! » había resonado de Isoleta á Capua y de Aquila á Itri. Pronio había visto á Fra Diávolo y á Mammone, les había anunciado la misión que les tenía reservada y ellos la habían aceptado con entusiasmo. Con el despacho en la mano y el nombre del rey en los labios, su poder no había tenido límites, puesto que la ley los protegía en lugar de reprimirlos. Desde el momento en que podían dar al bandolerismo un color político, se comprometían á sublevar todo el país.

El bandolerismo, en efecto, es cosa nacional en las provincias del Mediodía de Italia; es un fruto indígena que crece en la montaña. Al hablar de los productos de los Abruzzos, de la Tierra de Labor, de la Basilicata y de la Calabria, podría muy bien decirse: Los valles producen la aceituna, la nuez y la uva; las montañas producen los bandoleros.

En las provincias que acabo de nombrar, el bandolerismo es un oficio como otro cualquiera. Se es bandolero como panadero, sastre ó zapatero. El oficio no tiene nada de infamante; el padre, la madre, el hermano del bandolero no son tildados en lo más mínimo por la profesión de su hijo ó de su hermano, en atención á que la profesión en sí no es una mancha. El bandolero ejerce este oficio durante ocho ó nueve meses al año; en la primavera, el estío y el otoño; sólo el frío y la nieve lo echan de la montaña y lo empujan hacia su aldea; entra en ella y es bien recibido; encuentra al alcalde y se saludan recíprocamente; con frecuencia es su amigo, algunas veces su pariente.

En cuanto llega la primavera toma su escopeta, sus pistolas y su puñal y vuelve á la montaña.

De aquí viene el proverbio que dice: « Los bandoleros nacen con las hojas. »

Desde que existen gobiernos en Nápoles, y yo he consultado todos los archivos, desde 1503 hasta nuestros días, hay bandos contra los bandoleros, y cosa curiosísima, los bandos de los virreyes españoles son exactamente lo mismo que los de los gobernadores italianos, porque los delitos son los mismos. Robos con fractura, robos á mano armada en camino real, cartas pidiendo gruesas sumas,

con amenazas de incendio, de mutilación y de asesinato; asesinato, mutilación é incendio, cuando los billetes no han producido el efecto deseado.

En tiempos de revolución el bandolerismo toma proporciones gigantescas : la opinión política se convierte en pretexto, la bandera en excusa ; el bandolero abraza siempre el partido de la reacción, es decir, el del altar y el trono, puesto que el trono y el altar son los únicos que aceptan semejantes aliados, mientras que al contrario, los liberales, los progresistas, los revolucionarios, los rechazan y los desprecian. Los años más famosos en los anales del bandolerismo son los años de reacción política : 1799, 1809, 1821, 1848, 1862, es decir, todas las épocas en que el poder absoluto, viéndose perdido, ha llamado en su auxilio al bandolerismo. En estos casos, el bandolerismo es una plaga tanto más incurable, cuanto que se ve apoyado por las mismas autoridades que en tiempos normales están encargadas de perseguirlos. Los alcaldes y los comisarios, los capitanes de la guardia nacional, no sólo suelen ser *manutengoli*, es decir, sostenedores de los bandoleros, sino que ellos mismos lo son con frecuencia.

En general, son los curas y frailes los que sustentan moralmente el bandolerismo. Los bandoleros, que

les han oído en sus sermones predicar la rebelión, reciben de ellos, cuando siguen sus consejos, medallas y escapularios que deben hacerlos invulnerables ; y en el caso en que la medalla no sea eficaz para tanto en la tierra, siempre les sirve de contraseña para que San Pedro los reciba en el cielo con las mayores atenciones. Todo ladrón que cae en manos de la justicia pone por este mero hecho el pie en el primer peldaño de aquella escala de Jacob que conduce derechito al Paraíso : besa el escapulario y muere heroicamente, convencido de que las balas que le abren el cráneo, le abren también las puertas del cielo.

Ahora bien, ¿ cuál es la causa de la diferencia que hay entre los individuos y las masas ? ¿ Cómo el soldado huye al primer cañonazo y el bandolero muere como un héroe ? Vamos á procurar explicarlo, con objeto de desvanecer la confusión que no puede menos de turbar la mente del lector al ver conducta tan diferente en los mismos hombres, según combaten aislados ó reunidos.

El valor colectivo es la virtud de los pueblos libres, y el individual la de los pueblos que sólo son independientes.

Casi todos los montañeses servios, corsos, escoceses, sicilianos, albaneses, montenegrinos, drusos,

circasianos, con tal que les dejen la independencia pueden pasarse sin la libertad. Expliquemos ahora la enorme diferencia que hay entre estas dos palabras : LIBERTAD é INDEPENDENCIA.

La *libertad* es el abandono que hace cada ciudadano de una parte de su independencia, para formar un fondo común que se llama ley.

La *independencia* es para cada hombre el goce completo de todas sus facultades, la satisfacción de todos sus deseos.

El *hombre libre* es el hombre de la sociedad, que se apoya en su conciudadano, como su conciudadano se apoya en él ; y como él está dispuesto á sacrificarse por los otros, tiene derecho á exigir que los otros se sacrifiquen por él.

El *hombre independiente* es el hombre de la naturaleza, que no se fia más que de sí mismo ; sus únicos aliados son la montaña y el bosque ; su salvaguardia sus armas, sus auxiliares la vista y el oído.

Con los hombres libres se crean *ejércitos* ; con los independientes, *bandas*. Á los libres se les dice como Bonaparte en las Pirámides : ¡ *Estrechad las filas !* Á los independientes se les dice como Charette á Macheoul : ¡ *Escabullirse, muchachos !*

El hombre libre se levanta á la voz de su rey ó

de su patria ; el independiente, á la de sus intereses y pasiones.

El hombre libre *combate*.

El hombre independiente *mata*.

El hombre libre dice : *Nosotros*.

El hombre independiente dice : *Yo*.

El hombre libre es la *fraternidad*.

El hombre independiente no es más que el *egoísmo*.

Ahora bien, en 1798, los napolitanos no eran más que independientes ; no conocían aún la libertad ni la fraternidad, y por esto fueron vencidos por un ejército cinco veces inferior al suyo. Pero los campesinos napolitanos han sido siempre independientes : por eso, á la voz de los frailes, que les hablaban en nombre de Dios, y sobre todo, á la voz del odio, que les hablaba en nombre de la avaricia, del saqueo y del asesinato, se sublevaban. Cada uno echó mano á su fusil, su hacha ó su cuchilla, sin otro objeto que la destrucción, ni más esperanza que el saqueo, secundando á su jefe sin obedecerlo, siguiendo su ejemplo y no sus órdenes. Masas organizadas huyeron ante los franceses ; hombres aislados marcharon contra ellos ; un ejército se había desvanecido ; un pueblo salía de debajo de la tierra.

Y ya era tiempo ; las noticias que llegaban del ejército eran desastrosas ; una parte, á las órdenes del general Moesk, á quien nadie conocía, se había fortificado en Calvi. Encargado Macdonald por Championnet de perseguir á los realistas, dió orden á Mauricio Mathieu de que se apoderase de Calvi : éste ocupó las alturas que dominaban el pueblo, é intimó á Moesk que se rindiera. Consintió, pero con condiciones inadmisibles. Mathieu abrió brecha en las paredes de un convento, y dió orden de asaltar por ellas los muros de la ciudad. Al segundo cañonazo se presentó un parlamentario ; pero sin dejarle hablar, le dijo el general francés :

— ¡ Prisioneros de guerra, á discreción, ó pasados á cuchillo !

Los napolitanos se rindieron á discreción.

La prontitud con que Macdonald dió sus golpes, salvó una parte de los prisioneros hechos por Mack ; pero no todos, por desgracia. En Ascoli, trescientos republicanos fueron amarrados á los árboles y fusilados. En Abricalli, treinta enfermos ó heridos, algunos de los cuales acababan de sufrir amputaciones en el hospital de sangre, fueron degollados. Otros, acostados en la paja, fueron quemados ; pero fiel á su proclama, Championnet respondió á tantas barbaridades con actos de humanidad, que

contrastaban singularmente con las crueldades de los realistas.

El general Damas, único emigrado francés que puso su espada al servicio de Fernando, fué el que sostuvo el honor de la bandera blanca. Olvidado por Mack, que no pensó más que en salvar al rey, pidió á Championnet, que acababa de entrar triunfante en Roma, permiso para atravesar esta ciudad con los siete mil hombres que mandaba, y reunirse á los restos del ejército napolitano.

Al escuchar su demanda, Championnet llamó á uno de aquellos oficiales jóvenes que educaba para el porvenir, llamado Bonami, que era su jefe de Estado mayor, y le mandó que se enterase del estado de las cosas y le diese su parecer. Bonami montó á caballo y marchó inmediatamente.

Era Bonami como Thiebaut, uno de esos hombres de inteligencia y de acción, á quienes un general puede decir : « Ved y obrad. »

En la puerta Solara encontró Bonami la caballería del general Rey que entraba. Enteró á éste del estado de las cosas y le excitó á dirigir un reconocimiento sobre el camino de Albano y de Frascati, y él mismo, á la cabeza de un destacamento de caballería, corrió al alcance del general Damas, dejando á retaguardia á Rey y á Macdonald, que seguían

sus pasos. Tal prisa se dió, que tuvo que presentarse como parlamentario, para no verse comprometido. Condujéronle á la presencia del general Damas, á quien dijo :

— Habéis escrito al general en jefe, y éste me envía para que me expliquéis vuestro deseo.

— Que me dejéis pasar con mi división.

— ¿Y si no os dejan?

— Pasaré á viva fuerza.

Bonami sonrió.

— Debéis comprender, general, respondió, que es imposible dejaros pasar con vuestros siete mil hombres : y en cuanto á que paséis á viva fuerza, os advierto que no es cosa fácil.

— ¿Qué venís pues á proponerme, coronel? preguntó el general emigrado.

— Lo que corresponde al jefe de una división que está en la situación de la vuestra, que rinda las armas.

El general Damas sonrió á su vez.

— Señor jefe de estado mayor, respondió, cuando se está al frente de siete mil hombres, y cada uno de ellos tiene ochenta cartuchos, se abre uno paso ó muere.

— Enhorabuena, dijo Bonami, concluyamos, general.

El general reflexionó.

— Concededme seis horas, dijo, para reunir un consejo de guerra, y resolver sobre vuestras proposiciones.

— Seis horas son demasiado ; os concedo una.

Era justamente el tiempo necesario para que la infantería llegase. Aceptó Damas, y Bonami salió á escape para alcanzar al general Rey y apresurar la marcha de sustropas, pero el general Damas por su parte aprovechó el tiempo, y cuando Bonami y Rey llegaron, se retiraba en buen orden por el camino de Orbietto.

Inmediatamente el general Rey y el jefe de estado mayor Bonami, á la cabeza del 16º de dragones y del 7º de cazadores, se pusieron en persecución de los napolitanos y los alcanzaron en la Sforta, donde los cargaron enérgicamente.

La retaguardia se detuvo para hacer frente á los republicanos.

Rey y Bonami encontraron por la primera vez una verdadera resistencia ; pero la vencieron con sus reiteradas cargas. Entretanto, llegó la noche, y el valor de la retaguardia salvó el resto de la división. El general Damas se aprovechó de las tinieblas y de su conocimiento de las localidades para continuar su retirada. Demasiado fatigados para

perseguirlos, los franceses volvieron á Hueta, donde pasaron la noche. Bonami fué nombrado por Championnet general de brigada, en recompensa del valor desplegado en aquella ocasión.

Perseguido, y después de varios combates, Damas obtuvo de Kellermann que lo dejara embarcarse con su vanguardia, abandonando el resto y la artillería.

CAPÍTULO XV

Los bandoleros

El vencedor Championnet, pensando que no hallaría obstáculos en su marcha sobre Nápoles, mandó atravesar la frontera en tres columnas.

La izquierda, mandada por Macdonald, debía forzar los desfiladeros de Caspitrella y Sora.

La derecha, conducida por el general Rey, invadió la Campania por los pantanos Pontinos, Terracina y Fondi.

El centro, al mando de Championnet, invadió la Tierra de Labor por Valmonte, Terentina y Ceperano.

Tres ciudadelas, casi inexpugnables las tres, defendían los tres caminos del reino: Gaeta, Civitella del Tronto y Pescara.

Gaeta dominaba el camino del mar Tirreno; Pescara el del mar Adriático; Civitella del Tronto se elevaba en la cumbre de una montaña y dominaba el Abruzzo ulterior.